

EL CATOLICISMO.

PERIÓDICO SEMANAL, RELIGIOSO, FILOSÓFICO Y LITERARIO.

Non enim quod bonum est malè accipiamur: et rursus pro eo colligimus legitimos pugnantes, atque intra limites nostros quod regulamur met continentibus. — S. GREGORIUS.

PARTICULAR

BOLETA

BOLETA DE NUESTRO SANTO PADRE PARA PÍO IX EN EL CONSISTORIO SECRETO DE NUEVE DE DICIEMBRE DE 1854.

Venerables Hermanos:

«Con mui singular consuelo nos regocijamos en el Señor al veros hoy, Venerables Hermanos, reunidos en gran número al rededor de Nos, a vosotros a quienes podemos llamar con razon, nuestro gozo i nuestra corona. Vosotros sois efectivamente una porcion de aquellos que comparten nuestros trabajos i nuestros cuidados para apacentar el rebaño universal que el Señor ha confiado a nuestra debilidad para conservar i defender los derechos de la Iglesia Católica, para reunirle nuevos discípulos que sirven i adoran con sincera fé al Dios de justicia i de verdad. Aquella palabra de Cristo Nuestro Señor al Príncipe de los Apóstoles: «*Tu aliquando conversus confirma fratres tuos,*» parece invitarnos, en las presentes circunstancias a Nos, que, por la gracia divina, hemos sido colocado en su lugar no obstante nuestra indignidad, a hablaros, Venerables Hermanos, no para recordar su deber, o para exigir mayor actividad en aquellos que ya conocemos inflamados por el zelo de extender la gloria de Dios, sino para que, fortalecidos por la voz misma del Bienaventurado Pedro que vive i vivirá en sus sucesores, hallois aquí en cierto modo una fuerza nueva para trabajar en bien de las ovejas que se os han encomendado, i para sostener con ardimiento i firmeza los intereses de la Iglesia, al frente de todas las dificultades de los tiempos presentes.

Ni ha habido que vacilar para comprender que clase de auxilios debiamos implorar ante todas cosas del Padre Celestial de las luces, para que su gracia nos ayude a dirijirlos con fruto la palabra. Vosotros os habiais reunido en rededor nuestro para juntar vuestro concurso con los ciudadanos el zelo que animaba nuestro corazon para extender la gloria de la augusta Madre de Dios: hemos pues suplicado instantemente a la Santísima Virgen, a la que la Iglesia llama Trono de la Sabiduría, que tuviese a bien alcanzarnos un rayo de la sabiduría divina que nos iluminase para decirnos lo que puede contribuir mas para la conservación i prosperidad de la Iglesia de Dios. Mas al considerar desde lo alto de esta Silla, que es como la ciudadela de la Religión, los funestos errores que en estos tan difíciles tiempos se derraman por todo el mundo católico, Nos ha parecido enteramente oportuno indicároslo a vosotros. Venerables Hermanos, para que consagreis todas vuestras fuerzas a combatirlos, vosotros que habéis sido establecidos guardianes i centinelas de la casa de Israel.

os, tenemos que jeñir siempre por la existencia de una raza impia de incredulos que querrian exterminar todo culto religioso, si esto les fuera posible; a estos se deben agregar, ante todas cosas, esos afiliados de las sociedades secretas que, ligados entre si por un pacto criminal, no desprecian medio alguno para trastornar i destruir la Iglesia i el Estado, violando todo derecho: sobre ellos caen seguramente aquellas palabras del divino Reparador: «Vosotros sois hijos del demonio, i vuestras obras son las obras de vuestro Padre.» Prescindiendo de estos hombres, debemos confesar que la perversidad de los incredulos inspira horror el dia de hoy, jeneralmente, i que hai en los espíritus cierta disposicion a reducirse i a acercarse a la Religión i a la fé. Bien sea que la causa de esta disposicion deba atribuirse a la enormidad de los crímenes que la incredulidad ha cometido en el siglo último i que no puede recordarse sin temblar; sea el temor de las turbaciones i revoluciones que conmueven tan desgraciadamente los Estados, i llevan la miseria a las naciones; sea en fin, la accion de aquel espíritu divino que sopla a donde quiere,—es evidente que el número de esos desgraciados que se jactan i glorian de su incredulidad, ha disminuido hoy; no se rebusa la alabanza debida a la honestidad de la vida i a las costumbres, i se levanta en las almas un sentimiento de admiracion por la Religión Católica, cuyo resplandor brilla, por lo demas, como la luz del sol, a los ojos de todo el mundo. Este es un bien, Venerables Hermanos, que no podiamos desconocer, i una especie de progreso hácia la verdad; pero quedan todavía muchos obstaculos que desvian a los hombres i les impiden adherirse a ella enteramente, o que, por lo ménos, los detienen.

Entre las personas que dirijen los negocios públicos, hai muchos que pretenden favorecer i profesar la Religión, que la prodigan sus elogios, i la proclaman útil i apropiada a la sociedad humana, pero que, sin embargo, no tienen menor voluntad de arreglar su disciplina, de gobernar sus ministros, de injerirse en la administracion de las cosas santas: se esfuerzan, para decirlo de una vez, en encerrar la Iglesia dentro de los límites del Estado, en dominarla, apesar de que es independiente, i que, segun el orden divino, no puede reducirse a los términos de ningun imperio; porque debe extenderse hasta las extremidades de la tierra i abrazar en su seno a todos los pueblos i naciones para mostrarles el camino que conduce a la felicidad eterna. ¡doloroso es decirlo! mientras que os hablamos así, Venerables Hermanos, se propone en los Estados Sardinios una lei que destruye los institutos religiosos i eclesiásticos, que atropella decididamente los derechos de la Iglesia i determina su abolicion en cuanto está a su alcance; pero sobre este grave negocio volveremos a tratar otra ocasion en este mismo lugar. ¡Quiera el cielo que los que se ope-

nen a la libertad de la Religión católica reconozcan en fin, en cuanto contribuye al bien público, exigiendo de cada uno de los ciudadanos la observancia de los deberes que les hace conocer conforme a la celestial doctrina que ella misma ha recibido! ; Quiera el cielo que lleguen a persuadirse de la exactitud de lo que San Felix nuestro predecesor, escribía en otro tiempo al Emperador Zenon: que «nada es de mayor utilidad a los príncipes que dejar a la Iglesia la libre acción de sus leyes; porque cuando se trata de las cosas de Dios, les es ventajoso aplicarse a someter la voluntad real a los Sacerdotes de Jesucristo, en vez de querer encorvarles bajo aquella voluntad.»

Tambien hai, Venerables Hermanos, hombres distinguidos por su ciencia, que confiesan que la Religión es el mayor de los beneficios que Dios haya concedido a los hombres, pero que, sin embargo, tienen idea tan grande de la razón humana, que la exaltan hasta el punto de igualarla con la Religión misma. Segun la vana opinion de estos hombres, las ciencias teológicas deberían ser tratadas del mismo modo que las ciencias filosóficas: olvidan que las primeras se apoyan sobre los dogmas de la fé, que son lo que hai mas fijo i cierto, al paso que las segundas no se aclaran ni explican sino por la razón humana, cosa la mas incierta de todas, porque cambia i varia segun la diversidad de los espiritus, i está sujeta siempre a ilusiones i errores innumerables. Rechazada de este modo la autoridad de la Iglesia, se encuentra extensamente abierto el campo para las cuestiones mas difíciles i abstractas, i la razón humana, confiando demasadamente en la reducida firmeza de sus fuerzas, cae en los mas vergonzosos errores. Imposible es, i por otra parte inútil, designar actualmente los pormenores de estas aberraciones: vosotros teneis de ellos conocimiento profundo, i habeis podido comprender cuan fatales han sido a los intereses de la Religión i de la Sociedad. Esta es la razón porqué es preciso manifestar a estos hombres que exajeran sin medida las fuerzas de la razón humana, que esto es ponerla en oposicion directa con aquella tan verdadera palabra del Doctor de las naciones: «Si alguno cree que es algo, como no es nada, se engaña a sí mismo.» Es necesario hacerles ver cuanta arrogancia hai en escrutar los misterios que Dios en su infinita bondad, se ha dignado revelarnos, i en pretender alcanzarlos i comprenderlos con las débiles i destrozadas fuerzas del espíritu humano tan destrozado i débil, cuyos alcances sobrepujan con mucho, i que debemos mantener cautivo en la obediencia de la fé, segun las palabras del mismo Apóstol.

Esos partidarios, o, mejor dicho, esos adoradores de la razón humana, que en cierto modo la toman por infalible maestra, que se prometen hallar bajo sus auspicios toda especie de felicidad, han olvidado seguramente cuán grave i terrible menoscabo ha recibido por la falta de nuestro primer padre, menoscabo que tendió su inteligencia en las tinieblas, e inclinó su voluntad al mal. Tal es la causa en consecuencia de la cual, los mas célebres filósofos de la antigüedad mancharon su enseñanza con los mas crasos errores, sin embargo de que escribían admirablemente sobre muchos i diversos asuntos: de aquí este combate continuo que experimentamos dentro de nosotros mismos, i que hacia decir al Apóstol: «siento en mis miembros una lei que se rebela contra la lei de mi espíritu.» Es, pues, fuera de toda duda que por la falta original propagada en toda la descendencia de Adán, se atenuó la luz de la razón, i que el género humano cayó miserablemente del antiguo estado de justicia i de inocencia: i siendo esto así, ¿quién puede creer

que es bastante la razón para adquirir la verdad? ¿Quién podrá negar la necesidad de los auxilios de la Religión divina i de la gracia celestial para conseguir la salvacion, para no bembalearse i caer en medio de tantos peligros, i en tan gran debilidad de nuestras fuerzas? Dios en su bondad concede estos auxilios abundantemente a cuantos los piden con humildes oraciones, porque está escrito que «Dios resiste a los soberbios i da su gracia a los humildes.» I por esto, volviendo Jesucristo hacia su Padre, ha afirmado que no se han descubierto los misterios sublimes de la verdad a los sábios i prudentes del siglo que se envauecen con su ciencia i su ingenio, i se deniegan a rendirse a la obediencia que la fé prescribe; sino que se revelan a los hombres humildes i sencillos que ponen su apoyo i su reposo en los oráculos de la fé divina. Es indispensable que inculqueis esta saludable enseñanza en las almas de aquellos que exajeran la fuerza de la razón humana hasta el extremo de atreverse a examinar por su medio, i aun a explicar los misterios, empresa que no puede ser mas ridícula ni de mayor locura. Esforzaos a retirarles de tan gran perversidad de espíritu, haciéndoles comprender que la autoridad de la fé divina es el don mas bello que ha hecho a los hombres la Providencia de Dios; que es como una antorcha en las tinieblas, i la guía que nos conduce a la vida; que es en fin, absolutamente necesaria para la salvacion, pero que «sin la fé es imposible agradar a Dios, i el que no cree se condenará.»

Hemos sabido con dolor que se ha introducido en ciertas partes del mundo católico, otro error no menos funesto, i se ha apoderado de las almas de muchos católicos. Arrastrados a esperar la salvacion eterna de todos los que se encuentran fuera de la verdadera Iglesia de Jesucristo, no cesan de preguntar con solicitud cual será, despues de la muerte, la suerte i la condicion de aquellos hombres que no se han sometido a la fé católica; i, seducidos por razonamientos vanos, dan contestaciones conformes con tan perversa doctrina. Léjos de Nos, Venerables Hermanos, la pretension de poner límites a la misericordia divina que es infinita: léjos de Nos, querer escudriñar los consejos i los juicios misteriosos de Dios, abismo a donde no puede penetrar el pensamiento humano! Mas es de obligacion de nuestro cargo apostólico excitar vuestra solicitud i vuestra vijilancia Episcopal, para que hagais todos los esfuerzos posibles para desviar del espíritu de los hombres la opinion tan funesta como impía, de que en cualquiera Religión puede encontrarse el camino de la salvacion eterna! Emplead todos los recursos de vuestro espíritu i de vuestra ciencia para demostrar a los pueblos encomendados a vuestros cuidados, que los dogmas de la fé católica en nada son contrarios a la misericordia i a la justicia divina. La fé nos manda sostener que nadie puede salvarse fuera de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, que es la única Arca de salvacion, i que cualquiera que no haya entrado en ella, perecerá en las aguas del diluvio. Es necesario, además, tener por cierto igualmente, que la ignorancia de la verdadera Religión no se reputa por falta a los ojos de Dios, si esta ignorancia es invencible. Pero ¿quien se atreverá a arrogarse el derecho de señalar los límites de tal ignorancia, teniendo en cuenta las diversas condiciones de los pueblos, de los países, de los espiritus, i de la infinita muchedumbre de las cosas humanas? Cuando desatados de los lazos del cuerpo, véamos a Dios tal cual es, comprendémos con toda perfeccion con cuán admirable i indisoluble vínculo están unidas la misericordia i la justicia divina; pero mientras que estamos sobre

la tierra encorvados bajo el peso de esta masa mortal que cubren el alma, sostengamos firmemente lo que nos enseña la doctrina católica, que no hai mas que un Dios, una fé, un bautismo: querer pasar mas adelante no es permitido. Por lo demas, derramemos delante de Dios incesantes oraciones, como la caridad lo exige, para que por todas partes se conviertan a Jesucristo las naciones todas; trabajemos hasta donde nos sea posible, en la salvacion comun de los hombres. El brazo del Señor no se ha encojido, i jamás faltarán los dones de la gracia celestial a aquellos que desean sinceramente i solicitan los auxilios de aquella luz. Estas verdades deben grabarse profundamente en el espíritu de los fieles, para que no se dejen corromper por las falsas doctrinas cuyo objeto es propagar la indiferencia en materia de religion, indiferencia que vemos crecer i derramarse por todas partes para la pérdida de las almas.

Oponeros con firmeza i constancia, Venerables Hermanos, a los errores principales que atacan a la Iglesia en nuestros días, como acabo de indicároslo: para combatirlos i aniquilarlos, es necesario que contéis con eclesiásticos que os auxilién en esta tarea. Grande es nuestro gozo al ver que el Clero católico no desentida cosa alguna, ni retrocede en vista de los trabajos, para cumplir superabundantemente sus deberes: ni lo dilatado de los viajes, ni sus peligros, ni el temor de las incomodidades que les son inseparables, pueden impedirles atravesar los continentes i los mares para pasar a las mas remotas rejiones, solo a procurar a las naciones bárbaras que las habitan, los beneficios de la humanidad i de la lei cristiana. Sirvenos igualmente de profundo consuelo saber que, en la espantosa calamidad que ha assolado tantos lugares i ciudades tan grandes, el Clero ha llenado todos los deberes de la caridad con tanta consagracion, hasta hacerse honor i gloria de dar su vida por la salud del prójimo. Este hecho testifica de una manera brillante, que en la Iglesia Católica, única verdadera, se encuentra siempre aquel hermoso fuego de la caridad que Jesucristo vino a traer a la tierra para que ardiese en ella sin término. Hemos visto religiosos rivalizando en caridad con el Clero a la cabeza de los enfermos, sin temor de la muerte que muchos de ellos han sufrido heroicamente: al presenciar tanto ardimiento, no han podido menos que llenarse de asombro aún los mismos que están separados de la fé católica, i no han vacilado en ofrecerles el tributo de su admiracion.

Tenemos, pues, Venerables Hermanos, justos motivos de regocijarnos; pero al mismo tiempo nuestro espíritu se halla penetrado de dolor al considerar que, en ciertos lugares se encuentran, miembros del Clero cuya conducta no es la que conviene a los ministros de Jesucristo, a los dispensadores de los misterios de Dios: resulta de aquí, que el pueblo cristiano carece en aquellos lugares del pan de la palabra divina, que no recibe alimento necesario para la verdadera vida i que pierde el uso de los Sacramentos, manantiales de la mas grande fortaleza para conseguir o conservar la gracia de Dios. Estos Sacerdotes deben ser amonestados, Venerables Hermanos, i excitados con ardor a que cumplan regular i fielmente las obligaciones del sagrado ministerio. Es preciso hacerles conocer toda la gravedad de la falta de que se hacen culpables aquellos que rehusan trabajar en el campo del Señor, ahora que la mies es tan abundante. Se les debe exhortar a que expliquen repetidamente a los fieles cuánta es la virtud de la Hostia divina para apaciguar a Dios, i para alejar los castigos que merecen los delitos de los hombres; a recordárlas, cuán importante es, por consiguiente, asistir al sacrificio de la Misa con religiosa atencion, de modo que reciban abundantemente

los frutos que produce. Los fieles concurrirán, ciertamente en esos lugares, con mayor diligencia a los actos de piedad, si recibiesen del Clero direccion mas activa i mas grandes auxilios. Por aquí comprenderéis, Venerables Hermanos, que los Seminarios, cuyo gobierno pertenece únicamente a los Obispos i no al poder civil, son en la actualidad absolutamente necesarios para tener dignos ministros de Jesucristo: cuidad con el mayor anhelo de que los jóvenes, esperanza de la Religion, reunidos en esos establecimientos, se formen en la piedad i la doctrina, para que, provistos de esta doble espada, sean un día buenos soldados para combatir en los combates del Señor. No pongáis en sus manos, bien sea para las ciencias teológicas, bien aún para las ciencias filosóficas, sino autores de fé experimentada, para que no vayan a imbuirse de opiniones poco compatibles con la doctrina católica.

De este modo, Venerables Hermanos, proveeréis al bien i aumento de la Iglesia. Mas, para que nuestros esfuerzos tengan felices resultados, es necesario sobre todo, la union i la concordia de las almas: alejemos las discusiones que tanto poder tienen para destrozarnos los vínculos de la caridad, i que fomenta el enemigo de nuestro linaje porque conoce el socorro que le prestan para hacernos mal: acordémonos de los defensores de la fé católica en los tiempos antiguos; cómo triunfaron de las mas tenaces herejías, porque descendían a la arena llenos de ardimiento i confianza, unidos entre sí i con la Silla Apostólica, como soldados con su jefe.

Tales son, Venerables Hermanos, las cosas que debíamos haceros oír en nuestro cuidado i solicitud para llenar el ministerio apostólico impuesto a nuestra debilidad por la clemencia i la bondad divina. Mas Nos, nos sentimos reanimado i lleno de valor con la esperanza de los auxilios del cielo: el zelo ardiente de que vosotros habeis dado tan repetidas pruebas en favor de la Religion i la piedad, es un apoyo sobre que contamos con confianza, en medio de tan grandes i tan numerosas dificultades. Dios protegerá a su Iglesia, favorecerá nuestros comunes deseos, sobre todo, si conseguimos la intercesion i las súplicas de la Santísima Virgen, Madre de Dios, María, a quien con inmenso gozo nuestro i ayudad del Espíritu Santo, hemos proclamado, exenta de la mancha del pecado orijinal, en presencia de vosotros i en medio de vuestros aplausos. Es un privilegio glorioso, ciertamente, i que en toda plenitud convenia a la Madre de Dios, el de haber quedado sana i salva en el desastre universal del jénero humano: la grandeza de este privilegio servirá para refutar poderosamente a aquellos que pretenden que la naturaleza humana no fué deteriorada por consecuencia de la falta primitiva, i que exajeran las fuerzas de la razon para negar o disminuir el beneficio de la Religion revelada. ¡Haga la Bienaventura Virgen que ha vencido i aniquilado las herejías, que sea tambien borrado i enteramente destruido aquel pernicioso error del racionalismo que en nuestra infortunada época no solamente atormenta a la sociedad civil, sino que contrista a la Iglesia tan profundamente!

Ahora, solo nos queda por expresaros, Venerables Hermanos, con cuánto consuelo os hemos visto llegar diligentemente i con grande alegría, desde las mas lejanas comarcas hasta esta Silla Apostólica, baluarte de la fé, regla de la verdad, sostén de la Unidad católica, i deseáros con inmenso zelo de amor, ántes que regreseis a vuestras Sillas, toda especie de felicidad i saludables gozos. ¡Que Dios, árbitro de todas las cosas i autor de todo bien, os llene del espíritu de sabiduría i de intelijencia para que podais preservar a vuestras ovejas de los lazos tendidos por todas partes para prenderlas; i que este Dios bueno i propicio.